

2 3-107 1
LA HEMEROCRACIA EN ESPAÑA. / "La Nación", Buenos Aires (R. A.), 5 abril 1912/

Salamanca, febrero 1912



¿Y qué es eso de la hemerocracia? se dirá el lector. Y le contestaré: pues una palabra bárbara, absolutamente disparatada desde el punto de vista de su formación, una palabra que no compondría el más torpe de los helenistas para designar con ella lo que con ella quiero designar. Y como oficialmente soy helenista, esto es, profesor de griego, me siento en la necesidad de justificar ese disparate. Porque el que se hubiese fraguado la voz kilómetro, así, con K, en vez de quilómetro, que sería lo correcto, puede pasar si el que la inventó ni era helenista ni pretendía serlo; pero yo no tengo, como él, derecho a libertades así.

La voz hemerocracia tomada al pie de la letra significaría el poder o el dominio del día, de "hemera" día, y "crateia" (cracia) dominio, y podría decir el dominio de la actualidad. Pero es otra cosa lo que con ella quiero decir. Y la culpa de que haya adoptado ese despropósito lingüístico la tienen nuestros periodistas que al conseguir que se establezca en Madrid, por cuenta del gobierno, un salón público de lectura de periódicos le han hecho bautizar con el nombre oficial de "hemeroteca", esto es, depósito de días y no de diarios. Sin duda "efemeridoteca", que habría sido lo correcto, les ha parecido un poco largo, si es que se les ha ocurrido esta voz.

Pero bien mirada la cosa, al querer yo dar un nombre sonoro y significativo, como diría Don Quijote, y con su aire técnico, al dominio o poderío de la prensa periódica, que usurpa el de la opinión y se lo arroga, e inventar para ello un incorrecto hemerocracia que responda al incorrecto hemeroteca- como diríamos bibliocracia junto a biblioteca- no he

querer |

he cometido un disparate tan grande o más bien el disparate, por una cierta lógica interna de él, me ha llevado a formular en el

nombre mismo una gran verdad y es que el poderío de la prensa periódica no es más que poder de un día, pasajero. Si, la efemeridocracia no es sino hemerocracia.

Pero entretanto, mientras ese día pasa—y á unos días se suceden otros—qué de estragos no causa.

Es este un país en que apenas hay todavía verdadera opinión pública ó en que ésta es incipiente, aunque no cabe negar que crece, se robustece y se independen-tiza, de día en día. Pero hay aún poca opi-nión y en su mayoría silenciosa. Y á esto se debe que meta la prensa más bulla y hasta consiga hacerles creer á algunos que deben opinar lo que naturalmente no opi-nan ó que se quejen de tiranías de que no han sufrido el menor daño.

El que quiera formarse idea de lo que se siente en España respecto á nuestro estado, por lo que dicen la docena de dia-rios de la corte que se supone represen-tan á la opinión pública española, está aviado.

Allí verá que el pueblo español por abru-madora mayoría es opuesto á la vuelta al poder de tal gobierno que es á la prensa esa á la que le molesta vuelva. Y no hay tal oposición. Y no la hay porque aquí es-tamos todos en el secreto y sabemos que sean cuales fueren los pecados de ese go-bierno—y no es, ciertamente, el de mi pre-dilección, ni mucho menos, pues soy de los que más lamentan que no acabe de for-marse aquí un verdadero y fuerte partido liberal—sabemos que ese gobierno nada tuvo de tiránico y que cuanto se dice de su tiranía, saliéndose de declamaciones y concretándolo á hechos, no pasa de ter-giversaciones, falsificaciones ó redondos embustes. Porque no creo sea tiranía trá-tar de restablecer la disciplina social, no poco quebrantada entre nosotros.

En los días vergonzosos que siguieron á la ejecución de la sentencia contra Fer-rer me escribía un extranjero amigo mío preguntándome si este pueblo tenía con-ciencia y vida al permanecer tan tran-quilo. Y yo le contesté: «Este pueblo está en el secreto, como lo estarán ustedes antes de dos años». Y así ha sido. «The Daily News», uno de los diarios ingleses que más se distinguieron en su campaña en favor de Ferrer, al llegar el último ani-versario del fusilamiento de éste publicó un artículo de W. Archer conmemorándolo y en seguida publicó otro de un profesor de Dublín rebatiéndolo y defendiendo la sentencia, y empezó á recibir tal número de escritos en favor y en contra que re-nunció á publicarlos, confesando que el estado de la opinión inglesa al respecto había cambiado no poco desde hace dos años.

Y es ello natural, y debe hacerles reflec-sionar á los que nos tenían aquí molidos los oídos con el fantasma ese de la opinión europea, como si en Europa hubiese una





3-901

sola opinión respecto á un asunto y como si tuviese verdadero valor una opinión que se forma sin informaciones suficientes ó con informaciones tendenciosas.

Lo que ocurrió en Inglaterra fué que como allí el catolicismo, por unas ú otras causas, ha empezado á tomar auge, los elementos protestantes, y sobre todo los del protestantismo oficial, se sienten movidos á combatirlo, y el asunto Ferrer fué una buena plataforma para ellos. «Ved lo que harían los católicos si llegasen á dominar en nuestro país—parecían querer decir—visto lo que hacen en esa desdichada España entregada al clericalismo y donde se fusila á un filantrópico pedagogo nada más que por ser hereje ó incrédulo». Pero esos elementos que así protestaban eran en buena parte, acaso en su mayoría, burgueses y hasta conservadores; pasa el tiempo, se van enterando de que á Ferrer, bien ó mal fusilado, se le fusiló por anarquista y no por anticatólico, y entonces cambian de táctica.

Y tan es así esto que recientemente, cuando se estaba siguiendo el proceso contra los reos de Cullera, y mientras en España se discutía el indulto, pidiéndolo muchos, sosteniendo que no debía concederse muchos menos y callándose, como siempre, los más, publicaba «The Times», al que no se puede negar que representa una buena parte de la opinión inglesa, tres artículos en que sostenía que no debían ser indultados esos reos y que en España hace falta un ejemplar castigo en vista del carácter anárquico y de selvática violencia que aquí toman los movimientos y revueltas populares. Para muchas de esas gentes que se llaman de orden y que abundan en toda Europa—más aun que las otras—España empieza á aparecer como un campo de experimentación del anarquismo.

No, no hay una sola opinión europea, sino que hay varias, y mucho de leyenda en lo de la conciencia internacional. Lo que hay acaso es que un número de sujetos que en rigor de verdad no son ni de aquí, ni de allá, ni de ninguna parte, un número de desarraigados espirituales ó de cosmopolitas que son lo mismo y que á través de las fronteras forman una especie de masonería se empeñan en hacernos creer que ellos son la conciencia europea. Y yo creo, por mi parte, que hay una más íntima solidaridad, aunque tácita y no organizada ni consciente, entre los patriotas de las diversas patrias, entre los que no gustan meterse en las querrelas intestinas del vecino cuando no están debidamente informados de sus causas.

Por lo que á mí hace he llegado á un extremo ya de escepticismo en cuanto se refiere á las opiniones que la prensa fragua. Y cuando recientemente vi á ingleses y alemanes indignados, ó haciendo como que se indignaban de la conducta que decían seguir las tropas italianas en Trípoli, empecé por poner en cuarentena los hechos en que fundaban su indignación, pues si el italiano es, como se dice, y no cabe negarlo, cínico, el germano y el anglo-sajón suelen ser hipócritas. La reforma ha sido una fuente de hipocresía ética; el «cant» inglés se ha hecho proverbial.

Ni esos países son, por otra parte, lo que



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.USALES



3-101

de su prensa podría deducirse. La prensa allí, como aquí, está no ya al servicio del pueblo, sino de grandes empresas, de instituciones públicas, de gobiernos, etc.

Contrayéndome á éste, mi país, en el que vivo, y al que conozco un poco, puedo aseguráros que es difícil, difícilísimo, formarse una idea de su estado de conciencia, por incipiente y obscuro que sea aun éste, por lo que la prensa, y sobre todo la prensa central, la de la corte, dice. En ella sólo se refleja ó intereses particulares y de partido ó el efecto de esta especie de hiperestesia política y sectaria que estamos padeciendo. Casi todo está sacado de quicio; de casi todo se hace leyenda.

Y no es esto lo más triste. Lo más triste es que esta falsificación, no siempre ni aun la mayor parte de las veces consciente, de la realidad se refleja fuera de la patria, en la prensa española, sí, pero que lejos de España aparece. No hace aún muchos días he leído en un quincenario español de esa capital un artículo escrito con la mejor intención del mundo y sin duda alguna sincero, más lleno de verdaderas fantasmagorías. Aparece en él nuestro rey culpable del fraccionamiento de los partidos dinásticos que son ellos, y sólo ellos, los que por propia culpa se fraccionan sin arte ni parte del monarca en ello. Aparece Mañra violento con el pueblo y amordazando á la prensa, lo que no es sino una fantasía histórica. Y aparecen otras amenidades legendarias más. Todo aquello en su parte expositiva, de hechos, no pasa de ser una novela, sin que niegue yo por eso que no pueda decirse mucho, muchísimo, en censura de los dos gobiernos que turnan aquí en el poder.

¡Amordazada en España la prensa! He aquí una cosa que nos hace sonreír á cuantos la oímos. No, cuando aquí la prensa se queja más no es porque la amordacen, es porque peligran los intereses de aquellas empresas ó instituciones á que respectivamente, cada órgano, según su índole, defiende, ó es porque no se le sirve la acostumbrada subvención. Cuando á un inteligente le tapan la boca con un mendrugo de pan, no se queja de que le amordacen; quejase de ello cuando no se la tapan. Y aquí es público y notorio que los gobiernos monárquicos subvencionan á alguna parte de la prensa antimonárquica.

Y esta lamentable hemerocracia, este poder, aunque ficticio á la larga, de la prensa, se vuelve contra la prensa misma, restándole autoridad é independencia. Un periódico sólo tiene autoridad, sólo gobierna al modo que le compete, cuando no quiere gobernar.

Lo que pasa es que la capital de nuestra región no es una villa de poderosa industria y de activo comercio; es una capital de provincia, mayor que las demás, donde se ha concentrado el elemento oficial, pero donde, á pesar de su evidente progreso, no hay vida mercantil para alimentar con anuncios al número de diarios que allí se publican. Tomad el diario madrileño, de la capital de una nación de cerca de 20 millones de habitantes, pero capital que apenas llega á los 300.000 y comparad sus planas de anuncios con las de un diario de esa capital de una nación de poco más de 6 millones. Allí está todo. En España no hay acaso mucho que anunciar pero se anuncia poquísimos, apenas



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.E.S



se cree en el anuncio. Estamos todavía en el pregonero y en lo de que el buen paño en el arca se vende. Además, hay quien prefiere ganar ocho sin molestarse en anunciar á ganar doce gastando dos en anuncios. Y de aquí y del exceso de diarios viene la crisis.

Seguramente que en España hay mejores negocios periodísticos en Barcelona, en Bilbao, en Valencia, en Málaga, en Valladolid, en Zaragoza, en capitales de provincia con algún movimiento mercantil, sobre todo si son puertos, que no en Madrid. Hay capitales de provincia en que un diario puede ser verdaderamente independiente de la política, lo que se llama un diario de empresa, lo cual en Madrid es difícilísimo.

En cambio, están de baja los periódicos franca y declaradamente políticos, órganos de un partido determinado, sostenidos, si es preciso, por subscripción de los partidarios. Al fin esto es claro. Lo malo, lo pésimo, son los periódicos políticos independientes cuya independencia suele consistir á las veces en estar al servicio no de un partido sino de un personaje político, ó del pagano de tanda ó de una empresa financiera ó industrial. Y son éstos los que fraguan la hemerocracia.

Un joven argentino que vino por acá, el más simpático y más inteligente acaso de cuantos en estos últimos años de allí han venido, me decía cuánto le asombró la duplicidad de los periodistas de la corte que decían una cosa en privado y escribían otra en su periódico. Y es aquí idea corriente la de que lo interesante y lo de veras informativo no es lo que en los diarios se inserta sino lo que en sus redacciones se dice. Si el autor de la fantasía histórica á que antes he aludido viniese aquí y oyera á sus compañeros los que le han hecho creer todo eso de la violencia, de la tiranía y del amordazamiento se enteraría de cómo pensaban muy de otro modo. Es más, se encontraría con que buena parte de los panegiristas y admiradores de tal supuesto tiranuelo se cuentan entre los que más le combaten en la prensa. Esta y no otra es la verdad verdadera.

MIGUEL DE UNAMUNO.

